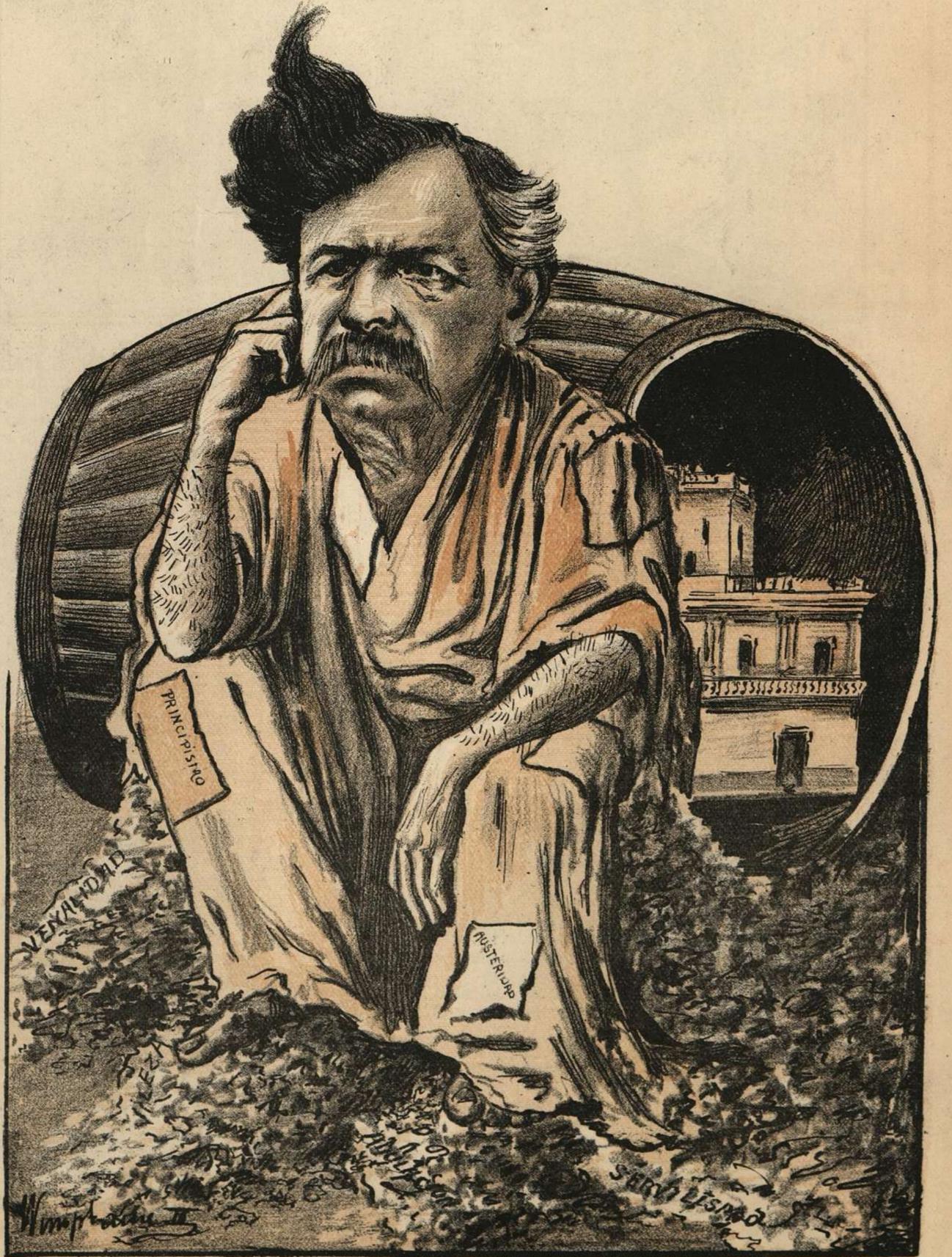




Personajes célebres
 'DE LA HISTORIA PAGANA. (¡Y TANTO!)
 DIÓGENES EL CÍNICO



Con soberana impudicia
 y aires de sabio profundo
 se dió, desdeñando al mundo,
 á vivir en la inmundicia.
 Y tan bien se encontró así,
 aunque se jactó de austero,
 que, cínico él todo entero,
 no salió ya más de allí.

(Véase la página 243)

AÑO III
Nº 127
 Agosto 2 de 1896
PRECIOS SUSCRICION
 MONTEVIDEO Y DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1,00
Seis meses	" 5,00
Un año	" 9,00

EXTERIOR
 Los mismos precios, en moneda equiva.
 lente, con el aumento del franqueo.
 Número corriente 30 centesimos + Número atrasado 40 centesimos

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS
 SE PUBLICA LOS DOMINGOS.
 Oficinas: CALLE URUGUAY, 301
 MONTEVIDEO.

IMP. Y LIT. LA RAZON; CERRO, 57

SUMARIO

TEXTO.—«Zig-Zag».—«Los de antes y los de ahora».—«Sombras».—«Carta para leerse por encima del hombro».—«Teatros».—«De Pérez Zúñiga—El corral del Pacheco».—«Colmos», por Colás Pérez.—«Exposición Marevoff», por Wimplaine II.—«Juguete con la pluma».—«Sport», por Zapicán II.—«Correo Administrativo».—«Correspondencia particular».

CRABADOS.—«Personajes célebres—Diógenes el cínico», por Wimplaine II.—«Teatros—Tenor E. De Marchi», por Aurelio Giménez.—«Don Juan y Moussion», por Wimplaine II.—«La gracia ajena—Deportes», por Mecachis, y varios intercalados en el texto, por A. Giménez.

Todo escrito que no lleve firma, pseudónimo ó señal al pie, pertenece al director de este semanario.

ZIG ZAG



¿En cual está?



Moussion.... La verdad, yo no le conocía, pero debe ser una eminencia.

Cuando *La Razón* se ocupó de él y su llegada en primera página, por algo será.

Y es porque Moussion peina muy bien á las damas.

Pues miren ustedes que esto viene á demostrarnos que éramos antes unas pobres gentes que hasta se peinaban por sí mismas!

Porque es lo que hacían nuestras mujeres hasta hace poco; aunque parezca mentira. Y lo más extraordinario es que todas las que están casadas se han casado habiéndose peinado sin ayuda ajena.

Y pensar que así peinadae nos parecían tan bonitas! A mí me da lástima de mí mismo y creo que todos ahora nos encontamos despreciables.

Porque se avergüenza uno de haber admirado ó amado mujeres que se peinaban con sus propias manos, cuando se llega á comprender la absoluta necesidad que había de mandar traer un peluquero de París cada vez que de acto tan trascendental se tratara.

Y de ahí que Moussion esté ganando un dineral, y se tenga un capital en aguas, pomadas, tinturas, pinceles, cepillos y postizos, todo ello muy bien empleado, porque así tenemos la seguridad de que nuestras damas tienen belleza de sobra y además falsificada.

De modo que, cuando el reinado de la Verdad sea un hecho [que no será], diremos y oiremos decir:

—Le aseguro, señor don Tal, que admiro el delicado cutis de su señora; es maravilloso.

—Hombre; esa piel me costó quinientos pesos; fué de una princesa rusa muerta en la flor de la edad devorada, por los sabañones.

Porque á estos extremos vamos á ir á parar, indudablemente, si los padres no hallan el medio de tener hijas á gusto de los consumidores.

Y es lo que me decía un señor, víctima de los pelos desde que nació, según él.

—Y no lo tome usted á broma,—añadía.—Vaya usted viendo; nací en Puerto-Cabello; desde chico he sido todo un pelado, como le llaman aquí á los escasos de dinero. Luego,

en mi casa se lo pasaban, mí padre y mi madre, armando pelo-teras diarias; el apellidado de mi padre era Crespo, y el de mi madre Mota; soy discípulo del violinista Sambucetti y ahijado de don Luis Eduardo Pérez. Eso de encontrarme pelos en la comida, es para mí cosa corriente; un día me encontré en la sopa un rulo de compromiso; quise apuñalar á la cocinera con un cuchillo que cortaba un pelo en el aire, pero sólo logré echarle á perder de un tajo un lunar con pelos y me hizo dar una paliza con su marido que era peluquero y se llamaba Pepe Ludo; me quejé al comisario que se apellidaba Calvo, y me llamó pelafustan, diciendo que lo que era yo era un buen *peine*; y que no echara pelos en la leche porque me iba á arrancar á tirones cuanto pelo tenía. Para quitarme el disgusto resolví echar una cana al aire y me marché al teatro; Daban *La Cabellera de Berenice*. Con que ya ve usted.

Es una *getattura* como cualquier otra. En cambio á otros, maldito si les preocupan estas cuestiones capilares.

—Mire Vd. me decía un señor ronco pero triste. Lo que es mi mujer se ríe de todas esas cosas de peluqueros y similares. Ella con un poco de aceite de almendras se deja los pelos tan relucientes y tan lindos que parecen alambres negros, y ya está pronta para cualquier cosa. Eso sí, sin aceite en el pelo ella no pasa, y un día se echó equivocada el aceite de hígado de Bacalao.

—¡Demonio! ¿Y?

—Y nada; solo que por donde andaba creían todos que pasaba la peste con gorra.

—Pero, y en su casa, ustedes....

—Ah, en casa, tan frescos. Como ella se llama Remedios, no nos estrañó nada que tuviera aquel olor.

**

El diputado Flores y la morena Felizarda Acosta han sido los héroes de la semana.

«Ambos á dos» por mor de la lengua.

El diputado se ha dedicado á embrollar la carta orgánica del Banco, y la morena á embrollar el asunto Butter.

Y mientras tanto no sacamos nada en limpio. Verdad es también que de lo sucio difícil es sacar nada limpio.

De donde se deduce que lo único que han conseguido las declaraciones de doña Felizarda Acosta, es hacerla blanco de todas las miradas.

Que al fin, no es poco conseguir.

Porque menuda alegría ha de tener la morena viéndose como blanco alguna vez.

**

«El Día» se ha dado á contarnos las aventuras amorosas de D. Roberto de las Carreras.

Cuyo importantísimo asunto narra así:

«Trabajaba entonces en Túnez una hermosa cantante, La Mefisto. De las Carreras no se hubiese perdonado nunca dejar pasar junto á sí una Mefisto sin hacer lo posible por tocarla. Noche á noche pues, fué al teatro, y empezó su asedio con su manera habitual, resuelta. Con su figura llamativa, de lindo millonario, no tardó en llamar la atención de la Mefisto, que, por las dudas, empezó á corresponderle.»

¡Claro! Cómo iba De las Carreras á perdonar se eso!

¿Y no admiran ustedes su manera habitual, resuelta, de asediar artistas?

Pues eso es muy importante!

Sobre todo, por tratarse de De las Carreras. No cualquiera se da el lujo de tener á cuatrocientas leguas un cronista de su vida galante.

Ahora, el papel que «El Día» hace con estas noticias es algo equivoco, sin duda.

Pero, como me decía un zote; bien mirada, la cosa no es desventajosa.

—Porque tratándose de un diario grande, cuanto más papel hagan, mejor.

**

El gran tenor Tamagno hizo el sábado una visita á S. E. don Juan, que, á lo que dicen, le recibió con exquisita y euskara amabilidad, echándole de cuando en cuando sus *speechs* lírico-italicos para dejarlo frío de cuando en cuando; cortés atención si se tiene en cuenta lo caluroso del día en que se efectuó la visita.

Don Juan hizo elogios de la voz del célebre artista que calificó de bestial, para poner al calificativo en armonía con sus ideas.

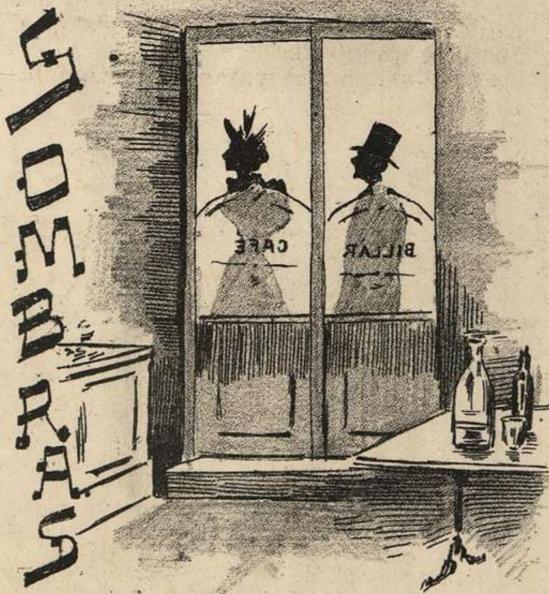
Pues opinamos que debiéramos contratar á Tamagno para que de vez en cuando cantara á S. E. algunas verdades que don Juan no quiere oír:

Quizá así, y por tratarse de algo bestial, según él....



Hubo en un tiempo en Atenas un filósofo profundo que desdenando del mundo las preciadas cosas buenas, se dijo para ser fiel á los dogmas de su escuela: «Al que le duela, le duela». E hizo su casa un tonel con soberana impudicia haciendo á todo desprecio, se echó á vivir como un necio en medio de la inmundicia. De la cual, y esto no asombre, tan solo una vez salió

buscando lo que no halló en la gran ciudad: un hombre. Y eso que según la eterna Historia, para buscarlo, dudando quizá encontrarlo lo buscaba con linterna. El cínico, pues, la gente le llamó, y á lo que infiero pues no pagaba casero que tal era es evidente. Al fin entre la basura acabó su sucia vida; y fué suerte merecida y digna de él aunque dura. Pero los tiempos varían, y el cinismo evoluciona, y así, en la uruguay zona los curiosos hallarían otro gran cínico, que también despreciando al mundo lo sano cambió en inmundo, viviendo sin ley ni fé; mas éste entre la opulencia dejando así entre sus brazos (si aun le quedaban pedazos) pedazos de su conciencia. Pero, entre tanto, rodeado de tanta y tanta inmundicia como sólo su impudicia pudo haberla así encontrado. Miseria, venalidad servilismo, adulación vileza, ruin sumisión, descaro, voracidad, de todo esto, la basura, que el mundo de sí apartó, nuestro cínico rodeó feliz, su persona impura, Y así vive tan campante. miserable en su opulencia este Diógenes sin ciencia que se parece, no obstante, á aquel sábio de igual nombre en que si junto á él quisiera, buscar un hombre, siquiera, no podría hallar ni un solo hombre. Y en que, así entre la basura concluirá su vida impia; lo cual no sé si sería para él suerte dulce ó dura.



FILOSOFIA MALHUMORADA

Una... otra... ¿y qué rápida pasa esta! Otra... Así, viendo pasar aquellas formas negras sobre el cristal esmerilado de la puerta del café puede uno hacerse la ilusión de que asiste á la presentación de las sombras chinescas en el teatro! Sólo que en el fondo blanco del vidrio se marcan en negro, como trazadas con carbón, las sombras naturales, auténticas, no las que el ilusionista crea á su capricho. ¡Vanidades mundanas! Nada mejor para despreciaros, que ver pasar sombras sobre el campo blanco de un vidrio esmeriladoj La hermosa dama, de cutis de raso y el galante tocado, y la pobre obrera enflaquecida por la fatiga y las privaciones aparecen iguales sobre aquel fondo luminoso. Así la luz borra las desigualdades que separan á la humanidad. Como muchas veces sucede en el munda, solo los detalles del traje, los atributos exteriores distinguen á unas personas de otras.

He ahí dos sombras juntas; dos que conversan; accionan, se acercan, se confunden, se separan... ¿De qué hablarán? ¡Bah! Tal vez de la inmortalidad del alma, de algún gran suceso histórico; talvez de la superioridad del puchero sobre el asado. Puede que de Napoleón; quizá de Charpentier.... Ya pasaron. He ahí otra; esa es una mujer; y una mujer bonita; no puede dejar de serlo: con ese andar tan gracioso... ¿que tal vez sea fea? Sí... Pero prefiero creerla bella. ¡Ah! Qué felicidad, si, como aquí, pudiéramos en la vida, revestir á las personas de las cualidades que nos son agradables! Ahí vá una!... Mujer, sin duda, ¡qué rápidamente pasa! Otra, un hombre! ya tenemos novela. —Me permite Vd. que la acompañe? (Silencio). —Si la he de seguir hasta que me conteste! ¿Y luego?... Luego... ¿Le contestará? Tal vez; él se acercará; irán juntitos, y juntitos entrarán en alguna casa, y juntitos... ¿Qué bien hace el vidrio en no dejar ver todo lo que uno deseara! Pasan y pasan otras muchas; formas que delatan; la de la suegra, la del cobrador, la del vago... Ya quedó otra vez en blanco el vidrio. ¿Por qué no quedará así en blanco el alma después de pasadas las cosas de ayer?



Héquet acosado,
Blanes calamitoso
y yo otra vez

(CARTA PARA LEERSE POR ENCIMA DEL HOMBRO)

Sr. D. Diógenes Héquet.

Mi querido amigo:

Bien tempranito, á las diez de una linda mañana tibia y dorada, de esas de que en este tiempo no entran muchas en libra, ó en mes, recibí su carta, quizá, quizá esperada; y abandonando mis tipos y mis pruebas (que, para los que nacimos con la chifladura gráfico-literario-editorial, con el día empieza Cristo á padecer), dime á leerla entre sorbo y sorbo del sabroso mate y bocanada y bocanada de un bahía xxx y estampilla prosada, no muy aromático gracias á D. Federico Vidiella y su impuesto

Quizá esperada, dije, porque el buen público me tiene ya hecho á sorpresas de esta clase en razón de lo asustadizo que siempre le encuentran las cosas á que no está acostumbrado y que vienen á sorprender su feliz ignorancia, alterando esa tranquilidad rutinaria de aldea colonial que nos legó la displicencia española.

Comprendo bien, mi amigo, que para usted habrá tenido el carácter de presente griego la dedicatoria de mi artículo sobre el malhadado monumento de D. Joaquín Suarez y me parece ver sus redondos ojos azules revolviéndose azorados ante las miradas torvas de tantas pupilas negras de indígena receloso, fijas en Vd. como presunto cómplice de mis herejías, en razón de habérselas dedicado.

Y doy por supuesto que nadie se ha ocupado de pensar que si le dediqué el artículo es tan solo porque le aprecio y quise demostrárselo como me fué posible, y porque pensé que su claro talento de artista joven había de comprender bien y justificar plenamente todo lo que allí escribí, ya que la masa solo había de ver en ello una buena dosis de pedertería disuelta en buena proporción de malevolencia y añadida de sus gotas de insolente descoco.

Pero ¡claro! no están acostumbrados á ello, y advierto que le he hecho un flaco servicio, que bien veo cohibida su *san façon* y bonhomía francesas por el implacable charruismo criollo que le confunde, como *dedicatarío*, en una sola persona con el atrevido dedicante, autor de las precitadas herejías.

Como quien dice: gracias á mi, está Vd en la situación del muchacho anatematizado de los buenos tiempos escolares, á quien los demás amenazaban desde lejos, levantando las narices con el puño muy cerrado; además cuya traducción libre sabíamos todos de memoria y en el cual leíamos sin deletriar:

—Vas á ver; te vamos á romper las fiatas!

Pues hombre; le juro á Vd. que lo lamento, y que en otra parte no me explicaría que hicieran culpable á Vd. de lo que mano ajena escribió, y «mantenido está por ella.»

Pero aquí, ya lo he dicho, no es cosa de asustar. Y conste que no quiero hacer al público y á sus celosos colegas la ofensa de suponer que les parece irrespetuoso lo que en el bendito artículo dije del monumento.

Porque creo que convenimos todos en que es un mamarracho perpetrado sin circunstancias atenuantes, que, desde la base, con aquellas rectas llevadas al sumo de la perfectibilidad, sin compassón hacia las retinas sensibles, y aquellas torrecillas cariñosamente atormentadas por un cancel que se haría famoso puliendo bolitas de piedra para los muchachos, hasta la estatua, insignificante cuanto puede serlo, todo él va á ser dentro de poco insoportable á toda mirada que no sea la de los autores.

Y á propósito de la estatua, advierto en su carta algo así como escrúpulos provocados por la circunstancia de ser ya extinto el autor.

Debo advertir que, aún sin creer que en estas cuestiones artísticas deba regir aquello de que el difunto siempre es bueno, puesto que si el autor murió la obra vive por desgracia y está espuesta á la crítica, no recalqué sobre ella por considerar la crítica ineficaz ya, impotente para lograr el resultado que la justifica, desde que no ha de servir para indicar al autor rumbos mejores.

Por lo que toca á don Juan Manuel Blanes (y se me figura que aquí está el *quid* de la cosa) puesto por mí y los demás en estado de calamidad, calculo que ha de haber sido mirrdo como una herejía, pero no me vuelvo atrás, porque eso no puede ser.

Y adivino el sordo anatema, porque aquí, á fuerza de ser envidiosos y malevolentes como somos, hemos llegado (prodigios de los extremos viciosos) á ser mansos por demás con los que logran imponerse, dándonos por norma el *laissez faire*, temeroso cada cual de ver en los otros la sospecha de la insidia, por aquello de que *el ladrón cree que todos son de su condición*. (Y plegue al cielo que el buen público no mire esto como alusivo; que es muy capaz de eso y más).

De ahí que nuestro primer artista nacional haya llegado a convertirse en una verdadera calamidad *idem*, como ha venido á demostrarlo el pedestal más famoso de entre los pedestales concebidos con pedado original en el mundo.

Y no se tome esto como malevolencia, ni aún como falta de respeto.

Yo respeto á don Juan Manuel Blanes en su esfera, como primer cultor de la pintura histórica, á pesar de sus teorías anticuadas y convertidas ya en arcaicas por la evolución del arte, y no obstante sus terribles convencionalismos, porque ellos son cualidades de la escuela que él sigue de buena fé; le respeto como pintor nacional, como artista de aliento, y no pretendo quitarle lo que tiene adquirido en los anales del arte uruguayo; que por otra parte sus obras le defienden. Pero ¡por Dios! no lo metan en todo; no lo obliguen á hacer cosas que no sabe; no lo presenten como esas panaceas de botica con *bombo* norteamericano, que lo curan todo, desde la calvicie hasta la propensión al aborto.

Es sencillamente ridículo que, porque pinta bien, se empeñe la gente en darle patente de talento universal, tan apto para componer una escopeta como para cantar unas peteneras *por todo lo jondo*, porque ¡qué caramba! aún los grandes genios, los asombrosos, como Napoleón ó Wagner, pongo por caso, quizá se hubieran visto en apuros para freir un par de huevos.

Yo convengo en que Vd., mi querido artista, no quiera ver á D. Juan Manuel Blanes en estado calamitoso; pero una cosa es que duela y otra que sea verdad; yo lo lamento tanto como Vd., pero es cierto y no puedo desconocerlo.

Y pruebas al canto.

Con motivo de las solicitudes de pensión para estudiar pintura en Europa, presentadas á las Cámaras por algunos aficionados, el Senador D. Juan L. Cuestas (y cuidado que puede parecer fuerte que el señor Senador tenga voz y voto en asuntos de belleza) presentó un proyecto, por el cual se exige á los postulantes, como condición *sine qua non*, un certificado de D. Juan Manuel Blanes en el que éste declare que el presunto Rafael tiene facultades que puedan hacer esperar buen resultado, y manifieste haberle dado lecciones durante un tiempo determinado.

De modo que, esto hecho ley, (Jesús nos guarde!) equivale á declarar la infalibilidad artística de D. Juan Manuel Blanes; á hacerle infalible por la razón ó la fuerza, y mejor por ésta que por aquella; como quien dice: un Pio IX con pera.

Y así, como don Juan Manuel Blanes encuentre al muchacho acémila, quedará *per secula seculorum* imposibilitado para aprender el bello arte, aunque tenga una verdadera congestión genial en la cabeza.

Y como á don Juan Manuel Blanes no se le dé la gana de dar lecciones al aspirante, ya puede el desdichado meterse á guardia civil para el resto de sus días y noches; y tenga ó nó mas facultades que el árbitro infalible de sus destinos (cosa que en cualquier parte es posible menos aquí) habrá de dedicarse á repetir como Andrés Chénier, dándose, no ya palmadas sino puñetazos en la frente: «Yo tengo algo aquí, tengo algo!...»

Pero como si nada.

DON JUAN Y MOUSSION



El paciente—Entre Julio y yo muy pronto la suerte ha de decidirse, y conviene prevenirse para no caer de tonto. Se acercan las elecciones y hay que seducir á tantos, que hacer valer mis encantos conviene por mil razones. Necesito adoradores que mis embrollos sostengan,

y así, en lo alto, nos mantengan á mí y mis aduladores. De paso está aquí Moussion el que deja irresistible, y sería muy sensible no aprovechar la ocasión. *El peluquero*—¡Oh don Juan; es indudable! la ocasión se lo merece. *El paciente*—Eh, Mosié ¿qué te parece? *Monsieur* —¡Oh, Madam Jean! ¡Admirable!

Wimpelmann II.

Para evitar lo cual, quizá proponga mañana algún otro don Juan L. Cuestas que, en caso de solicitud de pensión, se presenten á don Juan Manuel Blanes los sesos de los aspirantes abiertos en dos, como los riñones pasados, á los efectos del reconocimiento de facultades.

Mientras tanto, una vez el antedicho proyecto aprobado, cátese ahí á don Juan Manuel Blanes convertido en supremo autócrata artístico, habilitado para disponer á su gusto, placer y capricho, con la ley en la mano, de talentos y porvenires, en los últimos años del siglo XIX y en la República Oriental del Uruguay!

Conque, dígame usted ahora si reviste ó no el viejo pintor los caracteres de una verdadera calamidad nacional.

¿Que aquello no se hará verbo?

Se hará, mi amigo, se hará. Es una barbaridad y no hay más que decir

Y si no hay más, me limito pedirle disculpa por la desazón que la dedicatoria de mi artículo le ha causado, haciéndole aparecer á usted cómplice, aunque rubio, de mis opiniones; lo que estoy como usted interesado en dementir.

Para lo cual declaro *urbi et orbi* que usted jura que no considera calamitoso á don Juan Manuel Blanes; (cosa que, en secreto, no creo, diga usted lo que diga) y que, por más que el pedestal de la estatua de marras es un mamarracho, conviene callarlo á las gentes porque es de don Juan Manuel Blanes y porque quizá así nadie se dé cuenta de ello.

Item más; que aunque la Estética ha sido muy maltratada en el dicho monumento, «levantado en el plano horizontal de la Plaza Independencia», como lo afirma el señor Blanes en su Memoria, sin duda para que nadie se figure que había de levantarse en el plano vertical, como quien dice en la atmósfera y por ende acostado para más comodidad, usted se contenta con no maltratar la Estética en sus obras, dejando á la conciencia de don Juan Manuel Blanes el encargo de castigar las sevicias de trato ejercidas por él en la persona de tan digna señora.

Y por último, que aunque yo le haya dedicado el artículo, usted no cree ni quiere creer que deba recaer sanción penal sobre el delito de pedestalismo.

Siempre suyo afectísimo

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR.



REPERTORIO CÓMICO

"OTELLO"

¡¡¡!!! (Escena muda pero expresiva).

¡Qué noche! Solis deslumbraba.

Y al entrar, pensando en las grandes notabilidades que iba á oír en aquella sala centelleante; en el magnífico conjunto que, gracias á Ferrari, el más grande empresario de los tiempos modernos, vería presentando las escenas de *El Profeta* con una esplendidez semejante á la desplegada en aquella gran representación de la *Atalia* que nos describió Lamartine, reflexionaba yo en que, verdaderamente no es pagar caro pagar cinco pesos por un sillón y cuarenta por un palco para asistir á tan regio espectáculo; no, no es caro; créanlo ustedes. No es caro; lo he dicho bien claro ¿eh?

Hay que tener en cuenta lo que gasta una empresa como esta, para presentar así las más grandes óperas del gran repertorio, é interpretadas por... por quien ya saben ustedes; hay que tenerlo en cuenta, señores!



Declaro que entré emocionado y contesté torpemente al saludo de Crodara. ¡Escarante hombre, Crodara! Y siempre tan abrigado!

Me apartó de su legionario sobretodo de pieles la mirada, *Gigetto*, el buen *Gigetto*. ¡Qué joven tan simpático, *Gigetto*! Verlo y simpatizar con él, todo es uno, para los que lo ven por primer vez. Pero yo lo conozco de tiempo atrás, ¿eh? Hace mucho tiempo que me enorgullezco con la amistad de tan cortés *giovinotto*.

Pues! ¿Y Bernabei? Veán ustedes; Bernabei es lo más sugestivo, como dicen ahora, tratándolo de cerca. De primera parece así, seco, malhumorado... Pero qué! Todo lo contrario! ¡Si es la perla de los representantes teatrales, este gran Bernabei!

Le dejé para ir á ocupar mi localidad... Tertulia alta, es cierto; un tanto desdeñados hasta ahora;—pero dicen que van á entrar en moda.

¡Qué espectáculo!

Todo lo más distinguido de nuestra sociedad llenaba la sala, bañándola de una orgía de matices suaves, de colores rientes, de piedras caras y de Moussiónicos peinados.

Esto es para que á la gente le dé más ganas de ir.

La cazuela apretada, como un canasto pequeño en que han oprimido muchas flores (¿qué tal?); y allá, en el Paraiso, muchas caras conjetionadas sudando en la penumbra, en la casi oscuridad que desde abajo hacia aparecer aquello como una boca sin dientes y negra riéndose estirada de oreja á oreja.

¡Ah! Yo no sé como hay gente que vaya al paraiso!

Nosotros, los que vamos á tertulia, no lo comprendemos.

Bien es verdad que por ver tan magnífica compañía, las pobres gentes hacen un sacrificio...

Pero vengamos á la ópera.

Es inútil que ustedes pretendan que dé mi opinión sobre «El Profeta», porque yo soy muy escrupuloso en estas cosas que considero casos de conciencia. Ahí es nada; juzgar, sentenciar una ópera con solo una audición vagando fugaz en el timpano!...

Diré sí que quizá haya allí motivos un tanto triviales, reforzados con sonoridades recias, y desproporción entre la grandeza del argumento y el vuelo de la música. Pero todo esto munido como se ve de un prudente *quiza*, por si acaso. No obstante; si la veo otra vez, me suelto.

Tamagno cantó notablemente el hermoso recitado del sueño, y colosalmente el gran himno, que le valió una ovación estruendosa; me figuro que aquel estruendo debe oírse cuando Tamagno se enoja, en casa, y grita á la cocinera.

La ovación le sentó tan bien, á lo que parece, que repitió el trozo con sin igual valentía. ¡Oh, Tamagno!...

La Guerrini, ya segura de su papel, arrancó aplausos y exclamaciones en el *duo* y en la escena de la muerte, á que dió gran expresión dramática.

El terceto de los anabaptistas, muy bien por parte de Ercolani y Limonta.

La orquesta irreprochable en la marcha.

Los coros magníficos.

El baile, magnífico.

La primera bailarina, hermosísima!

La presentación escénica, magnífica!



Gioconda, no puede entrar en esta crónica magnífica... ¡digo! modesta, que sólo registra, por mor de imposiciones imprentiles, los acontecimientos habidos de jueves á jueves.

De modo que á la hora en que escribo, aún no la he visto.

Pero ni falta que hace.

¿Ustedes no se acuerdan de la *Gioconda* de la Gini Pizzorni?

¿No se acuerdan ustedes de aquellos nunca oídos acentos dramáticos que hacían que, al final del *duo idem*, se viniera el teatro abajo? (Dios mediante, espero que el estilo figurado no dará á *Gioconda* un final de *Sanson* y *Dalila*.)

¿Pues! ¿Qué más decir?

Lo demás, me lo figuro yo.

Demarchi, notable.

Bensaude, notable.

La orquesta, notable.

Los coros, notables.

El cuerpo de baile, notable.

Y nada más.



¡Ah! Me olvidaba de decirselo á ustedes.

Bernabei me mandó la localidad.

Tertulia alta, es verdad; pero ya la cambiará, si yo sigo tan entusiasta; ya la cambiará.

Porque estoy entusiasta ¿no lo han conocido ustedes?

Es un entusiasmo fulminante... «Misterios del organismo.»

En San Felipe se estrenó el lunes «Primavera» de Samuel Blixen.

Para los que no hayan leído en *La Tribuna Popular* mi juicio sobre ella adicionado generosamente con malas acciones de los cajistas, diré que el *scherzo*, como el autor lo llama, está primorosamente escrito; tanto que los personajes hablan como académicos de talento y le dan á uno envidia. Porque son muy inteligentes, ¡caramba! Como no entran muchos en libra.

Añadiré que las escenas de exposición resultan un poco pesadas en razón de ser un poco largo el diálogo y escasa la acción.

Pero que la última está magistralmente llevada, con feliz habilidad, y rematada con un efecto de buena ley que deja gratisima impresión en el ánimo

En resumen; una linda mancha de acuarela, con mucha frescura é irreprochable entonación.

En ella se distinguieron Juárez, con su irreprochable creación del difícil papel de Bonifacio, y la Pastor; muy notable en el de Emilia.

Sinceros aplausos á ellos.

En Cibils debía estrenarse *La gran tostada*, de Passano y Camps, pero se disolvió la compañía,

De modo que los que la esperaban se llevaron la gran tostada sin gastar en entrada.

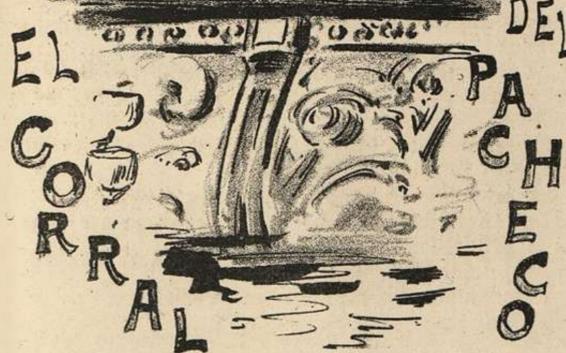
Y aunque no sea noticia ni nueva, ni de teatro; pero anexa por afinidad.

Mesa se sacó la grande.

Ya lo sabrán astedes, pero es que á mí no me lo ha comunicado Mesa de ninguna manera.

Y yo me vengo repitiendo es para que lo *pechen*.

DE PÉREZ ZÚÑIGA



Sabrás, ¡oh lector querido! que un tal don Cosme Pacheco tenía un corral muy grande en la ciudad de Toledo, y puso en él ciento veinte gallinas, y no recuerdo si trece ó catorce gallos, por si ellas tenían miedo de estar en el corral solas, (presumo que fué por eso). El caso es que el buen don Cosme lleva dos años cogiendo lo mucho que le produce la explotación de los huevos. ¡Qué hermosos son y qué blancos! ¡Qué gordos y que completos! Como que no hay uno solo sin cáscara y todos ellos, á más de tener su clara, tienen su yema por dentro. Los hay que están todavía calientes de puro frescos, aunque esto parezca raro, son los que salen más buenos, ¡y hasta hay quien los compra! ¿Sabes para qué? ¡Para comerlos! Las gallinas de mi amigo pueden servir de modelo, no de honradez; de gallinas

ponedoras; el reverso de los gallos, pues don Cosme no ha logrado, aunque es su dueño, que en dos años que los tiene le pongan un solo huevo. Así las cosas, un primo de don Cosme, un tal Borrego, le dijo una vez:—«Es lástima que teniendo este terreno no hagas en él un teatro de verano, un coliseo sencillo, con cuatro tablas y cuatro varas de lienzo. Explótalo, no seas tonto. ¿No sabes que hubo hace tiempo un corral de la Pacheca? Pues el corral del Pacheco será hoy el tuyo y de fijo ganarás mucho dinero».

El buen don Cosme, en seguida siguió del primo el consejo, y ha construido un teatro de verano... ¡que hay que verlo! No le falta requisito. Sobre todo, *gallinero* como el suyo no hay teatro que lo tenga; ¡qué ha de haberlo! Ya ha formado compañía mixta, de zarzuela y verso, que ensaya (según la esposa del conserje) «Luis Obsceno», «La dama de las canillas», «El pañal del godo», «Otello», «Traidor y confuso en martes», «El hijo», y «La viuda en sueños», á la vez que «La Gran Vida», «La carreta verde», «El sexo», «La Cazarina» de Chápi, y el «Chato» de Caballero. Van á empezar, como es lógico, por un sainete de huevos con «Luis el Tumbón» ó sea «Despacho de huevos frescos».

En él trabajará Gallo el tenor; Pepe el Huevero no faltará y muchos *pollos* se abonarán sin remedio. Las tiples de las zarzuelas darán *gallos* verdaderos y sacará de los dramas carne de gallina el pueblo. Para alternar con la orquesta y alegrar los intermedios entonarán las gallinas escogidos cacareos.

«Malo ha de ser que el que venga —dice— á comprarme polluelos á mi corral, no se quede á ver un dramón horrendo; y malo ha de ser también que el que busque aquí recreo viniendo á ver un sainete se vaya de aquí sin huevos» como los animalitos andarán por allí sueltos, ¡tendrán que ver las gallinas cuando haya función, haciendo, sus *posturas* en escena, ó debajo del asiento del trombón, ó en las butacas, que así aumentarán de precio! Hasta habrá revendedores que gritarán:—¡Caballeros, tengo un palco de platea con un pollo y siete huevos, por quince reales.... «Butaca con gallinas, nueve y medio.» ¡Oh! lo que es este verano; si me viene un forastero, lo mando al corral á escape y allí verá lo que es bueno; pues sino es raro y curioso, lo del corral del Pacheco ¡qué vaya Dios y lo vea! (si no le molesta el verbo).

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

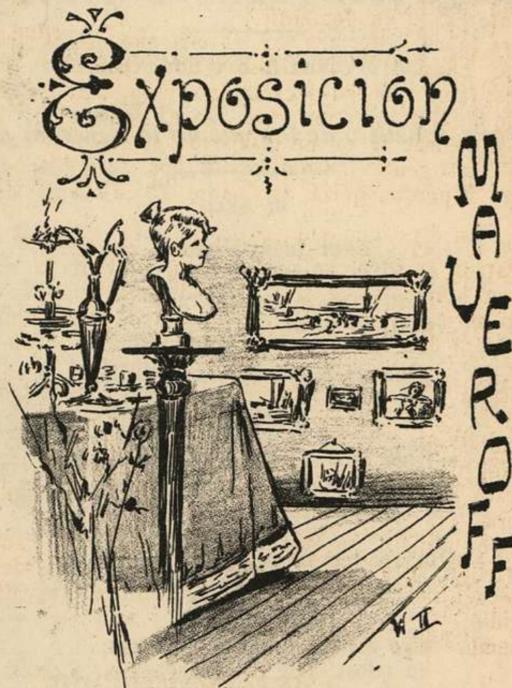
Polmos sin consecuencias

(PARA NIÑOS MENORES DE 10 AÑOS)

El de la pereza: no ir en diligencia.
El de un cordel: hacer una cuerda de presos
El de un jugador: certificar las cartas para no perderlas.

El de un empresario: formar una compañía para el teatro de la Catástrofe.
El de la Medicina: curar la erupción del Vesubio.
El de un óptico: hacer unas gafas para los ojos de un queso de Gruyère.
El de la aplicación: aplicar sanguijuelas.
El de un labrador: sembrar el pánico.
El de un cochero: pararse en un punto y oparte.
El de un vidriero: poner cristales en las ventanas de la nariz.
El de un fanático: vivir de *milagro*.
El de un goloso: chuparse las yemas de los dedos.
El de un acomodador: acomodar á una persona bien acomodada.
El de un pastelero: hacer pasteles con lo *crème* de la sociedad.
El de un tirador: dar en el *quid*.
El de un encuadernador: encuadernar el libro del Destino.

COLÁS PÉREZ.



Lo único que siento, és, primero, no ser millonario, para poder comprar á Maveroff la mayor parte de sus cuadros, y segundo, no tener espacio y tiempo, pues me han encerrado en unas cuantas líneas, y mis *monos* me llaman á gritos; que sino, otra cosa sería esta reseña.

Entrar en la Exposición, tropezar con los salones y quedarse con la boca abierta, todo es uno,

En donde primero uno entra es en el salón de acuarelas, que revelan todas ellas una seguridad en la mancha y una frescura que agrada sobremanera.

Pasando después al salon de los óleos (no vayan ustedes á creer que es una vicaría) se queda uno maravillado ante tanta monada y más los que como yo han visto tan pocos cuadros buenos.

A la izquierda hay una cabecita de Llovera muy graciosa. Después un cuadro de Passini, un árabe con una cabra, que es una verdadera preciosura, por el colorido, factura y vigor, u. ida á una elegancia nerviosa de dibujo que resulta espléndido; (este era uno de los que compraba siendo capitalista)

Los paisajes de Barrucci—17 y 19—Son pedazos de naturaleza transportados al lienzo con verdadera maestría; casi, casi, me hacen exclamar el dicho vulgar para ponderar una cabeza: ¡está hablando! pero diré ¡están balando! tal es la realidad que rodea las vacas pintadas por Barrucci.

Campmany—76—Nos presenta una copia de un patio pintado por Fortuny que es hermosísimo; ¡qué atmósfera más pura rodea al cuadro y con qué maestría están tocadas aquellas figuritas tan diminutas!

Sottocornola — 1 — Unas flores vaporosas, suaves, que parece que si cualquier ventana se abriera se desharía con el aire que entrara por ellas, y, con qué seguridad están ejecutadas!

F. P. Michetti 18—Sobre este cuadro, que está en hermosísimo y ancho marco rodeado de peluch, como diciendo: *aquí estoy yo*, decía noches pasadas M. Jaume y Bosch, que si fuera Sabina cometería un rapto. Yo la raptada, sin más condiciones que la de no ir á presidio.

De los cuadros antiguos en que Maveroff ha empleado una fortuna, hablar mucho ó no hablar nada, y como me falta espacio, no hablo, pero ya los verán ustedes.

WIMPLAIME II.



Juquetes con la pluma

LA MONEDA EN SÍMBOLOS

(Para consuelo de los que no la tienen ni así)

EL REAL

«... Señor Juez: Visto lo que la Vista enuncia, es legal la prisión, y así lo cree y así lo firma

El Fiscal.»

(Que es Real (don Jacinto D.)

EL PESO

—¿Qué has de poder tú con eso!
—¡Bah! Antes alcé otros iguales.
—¿Cuánto cargas?

—Diez quintales.
(He ahí lector un buen peso).

EL BILLETE

«Te espero luego á las siete; no faltes: por tí delira siempre tu amorosa

Elvira.

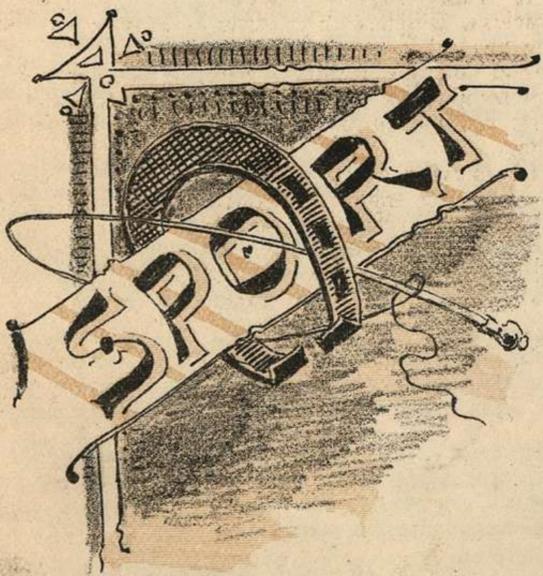
P. D. Quema este billete.»

EL ÁGUILA

—Ni indirectas de Tardáguila ni pechadas me han valido; tengo hambre, y estoy fundido...
¿Quién ha visto otro más águila?

EL FRANCO

—Razones de pie de banco á usted no le faltan, vil, bruto, tramposo y servil!
—(Este como franco, es franco).



Ya que de carreras hablamos, bueno es hacer mención del reciente triunfo de Imperio en Buenos Aires, aunque nos parece que ningún sportmen lo ignora.

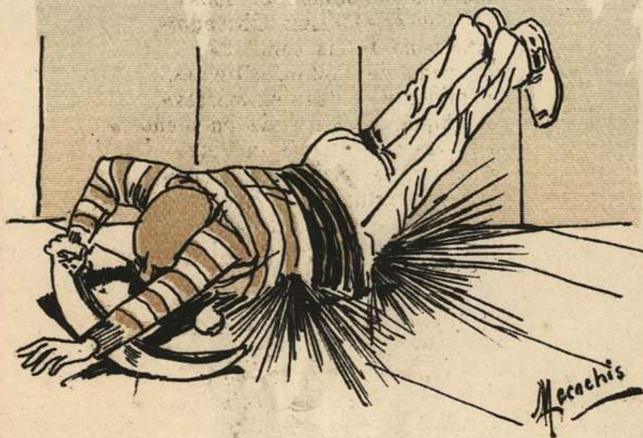
Tomaron parte en esa prueba Sebastopol, Imposi-

La gracia ajena

DEPORTES, POR MECACHIS



CAZA



PELOTARISMO



PESCA



CICLISMO

ble, General Lavalle, Revancha, Wagan y otros campeones de reconocidos méritos en el turf platense, á los cuales Imperio venció por cinco cuerpos y sin emplearse.

¿Se convencerán nuestros vecinos de la superioridad de nuestro crack sobre sus productos? Creemos que sí, y si así no fuera, los hechos lo probarán.

Ahora pasemos á hacer una pequeña reseña de las carreras que componen el programa que debe regir hoy en Maroñas.

En la primera carrera ó sea el premio Piedra Alta, tomarán parte Triunviro, Mlle. Cimier, La Cañonera, La Política, Mary, Se fué, Arnolina y Bitume. Como se verá, el tal Bitume es debutante apesar de lo cual nuestro pronóstico es La Política.

La segunda carrera Premio Florida sobre 1200 metros, tomarán parte Esfinge, Lautaro, Rastreador, Dictador y Pegaso. Aunque Esfinge lleva 61 kilos, ella es nuestro pronóstico, apesar de que Lautaro es enemigo muy temible con 58 kilos.

El Premio Asamblea sobre 1300 metros, promete ser interesante dada la clase de caballos inscriptos en él.

En el premio clásico, base de esta reunión, se hallan inscriptos Tina, Jónica, Coquimbo, Jonathan, Artois, Vesubio, Madrigal y otros.

La carrera como se vé, no puede ser más brava. Cierra el programa el Premio Libertad, distancia 1750 metros en el cual se hallan inscriptos Montevideo con 61 kilos, Zig Zag 58, Florida con 58, Esfinge con 55, Colibrí 46, y Africana 45.

Si Montevideo quiere correr en esa carrera creemos que le es cosa fácil ganarla.

En resumen, nuestros pronósticos son los siguientes:

Premio Piedra Alta—La Política.
Premio Florida—Esfinge.
Premio Asamblea—América—Corsario.
Premio Constitución—Tina.
Premio Libertad—Montevideo—Zig Zag.

Nota—Prevenimos á los sportmen que el 15 del corriente corre Imperio en Buenos Aires. Quedan avisados, pues, los que quieran jugarle un bofetito.

ZAPICÁN II.

CORREO ADMINISTRATIVO

L. S. B.—Pando—Recibido jiro. Conforme y gracias.

R. A.—Salto—Muy bien. Todo estaba en que lo que usted acostumbra no es, casualmente, lo que acostumbramos nosotros.
Pero quedamos en esperar.

Correspondencia Particular

Tararí—Minas—Le declaro á Vd. que me he hecho propósito de no leer, en los días de mi vida, nada suyo, como no sea la invitación á su sepelio.

Colas Perez—Montevideo—Pues ¿sabe que demuestra Vd. facultades para los colmos? Ahí los tiene usted, y gracias.
Pero no vaya ¡oh Colas! á colmar la medida, por Dios!

Jacinto R.—Pero hombre, sólo á usted puede ocurrírsele poner en verso el asesinato de Butler.
Para ponerlo, se hubiera usted dedicado á ponerlo en claro.
Que falta hace.

M. S.—Id.—No me hable usted de fugas de vocales, ni de ninguna fuga mientras no sea la suya, para tranquilizarme.
Es un favor especial que le pido.

C. R. H.—Id.—Sí, no está mal y es muy dulce. Pero ¡tan inocente! Si parece un rubor de niña de quince!

Gil Remo—Id.—Pero hombre; no sea Vd. niño; si ya nadie canta á la luna, porque todos se han convencido de que la luna no les hace caso!...